

MENSAJE DEL
DIPUTADO LUIS MALDONADO VENEGAS
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE
HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE LA UNAM,
EN EL SALÓN DE PLENOS DEL
EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE TRUJILLO

Trujillo, 19 de mayo de 2018

Muy distinguida concurrencia:

Es motivo de goce espiritual y aliento del corazón, encontrarnos en este histórico recinto, Salón de plenos del Excelentísimo Ayuntamiento de Trujillo, Provincia de Cáceres de la Comunidad Autónoma de Extremadura.

Qué mejor motivación puede haber para un grupo de escrutadores del pasado, que arribar a esta histórica región, cuya memoria ancestral se remonta a más de 50 mil años, como lo corroboran las pinturas rupestres de la Cueva de Maltrovieso. Acudir a la Hispania Románica, de cuyos vestigios sobresalen las murallas de Coria y Cáceres, la Augusta Emérita y el Teatro Romano de Mérida. Poder admirar el dilatado paisaje extremeño, cuya fisonomía arquitectónica, evoca la sobriedad del periodo medieval con su sello mudéjar, impreso en el transcurso de ocho siglos de dominio musulmán.

Por ello, a nombre de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México, expreso la más honda gratitud a los integrantes del Excelentísimo Cabildo de esta muy noble, leal, insigne y heroica Ciudad, y en especial a su Presidente Don Alberto Casero Ávila, por su bonhomía y cálida hospitalidad.

No omito, saludar con significativo afecto, la presencia entre nosotros de Don Francisco Javier Pizarro Gómez, Director de la Real Academia de Extremadura, con quien el día de hoy hemos suscrito un protocolo de colaboración, que no es producto del azar, sino del ánimo constructivo en el que convergen los vectores de interés académico, que otrora y ahora, unen a nuestros pueblos.

En efecto, al acudir a este solar de nuestros antepasados, sentimos vivamente que una de las raíces de la mexicanidad nos envuelve con todo su poder; nos alienta a profundizar en su significado múltiple y nos reanima con la representación palpable, de una de las dimensiones de nuestro ser mestizo.

Oportuno es recordar que en este mes emblemático, estamos conmemorando los 500 años de la primer expedición española que arribo a la América Continental, encabezada por el Capitán Juan de Grijalva y el Piloto Mayor Antón de Alaminos, misión que zarparía de la Isla de Cuba a las costas de Yucatán, siendo relevante mencionar también que fue el jueves 6 de mayo de 1518, cuando el Padre Clérigo Secular Juan Díaz, luego Capellán de Cortés, impartiría la primer misa en América del Norte, con la cual se iniciaría el proceso evangelizador en tierra firme del Continente.

No menos relevante es señalar que esta expedición abriría el paso a las sucesivas incursiones que emprendieron al interior del macizo continental osados descubridores, conquistadores y adelantados, en un trayecto continuo y progresivo de integración geográfica y cultural.

¿Cómo evadir en esta solemne ocasión? la referencia al hecho manifiesto, de que fueron naturales de esta región de Extremadura, los precursores de la expansión del Imperio Español, en los más apartados ámbitos del nuevo Continente: Hernán Cortes en el México Antiguo; Pedro de Alvarado en Guatemala y Centro América, Francisco Pizarro en el Perú incaico; Pedro de Valdivia en Santiago de nueva Extremadura Chile; Vasco Núñez de Balboa descubridor del Océano Pacífico; Francisco de Orellana del Río Amazonas y Alonso de Mendoza conquistador y fundador de La Paz en Bolivia.

En todos ellos, se conjuga el carácter férreo y la firmeza característica de los extremeños, sin duda, precondition para abarcar una empresa de proporciones asombrosas, que finco y apuntalo el predominio español en la mayor extensión del mundo, por el largo periodo de tres siglos.

Me es preciso afirmar, que va más allá del violento estigma que represento la conquista española y del rigor expansionista que prevaleció entre los siglos XV y XVI, en la Europa premoderna, los efectos derivados de aquel encuentro, que detonó lo que pudiéramos llamar el primer proceso de integración mundial, ya que durante la etapa de la colonia, se pudo establecer la síntesis precursora de la milenaria cultura occidental, con las altas civilizaciones de la antigua Mesoamérica, Centro y Sudamérica.

Más tarde, se estableció también un puente expedito con el Lejano Oriente, a través de la ruta de las Filipinas. Con ello, por primera vez era posible la circunnavegación, con un propósito comercial, del globo terrestre, con su consecuente efecto de interculturización.¹

¹ En realidad, el primer viaje de circunnavegación fue iniciado por Magallanes, pero culminado por Sebastián Elcano, el 8 de septiembre de 1522, en el caso de Andrés de Urdaneta, se trató del tornaviaje, que culmina el 1° de octubre de 1565, cuando llega a Acapulco.

Así, a la España de esa época, correspondió ser vocera del legado de Occidente, del que era depositaria, ya que la península Ibérica representó por milenios la última frontera del mundo antiguo.

El cabo Finisterre, que, de acuerdo con los míticos relatos, precedía a las columnas de Hércules, límite del infranqueable océano, aún para los más avezados navegantes.

Esta condición geográfica, permitió así mismo, que aquella península fuera la receptora de la llamada cultura mediterránea, que une a tres continentes y que había mostrado su esplendor en distintos lugares y momentos, fusionando pueblos, razas, culturas, cosmogonías y religiones.

Egipto y Mesopotamia volcaron sus principios y sabiduría en una extensa área de influencia del Asia Menor, que dio paso al comercio marítimo de fenicios y cartagineses, en tanto el esplendor de la antigua Helade extiende la dimensión del mundo antiguo en la visión político-militar de Alejandro Magno y en el pensamiento filosófico y científico del siglo de oro de Pericles; Grecia a su vez comunica estas definiciones a la concepción del imperio Romano, que a partir del siglo IV de nuestra era, asume la tradición judeo-cristiana. A la par el mundo árabe se expandió territorialmente y logró imponer su perfil en bastas extensiones del orbe antiguo.

Todos estos procesos se fusionaron en la fragua y el crisol de la Iberia premonarquica, por lo que no es casual que España y Portugal fueran los propulsores del espíritu de exploración que dio paso al descubrimiento de la ruta trasatlántica que inserto a América en la escena mundial.

Es la España del siglo XVI, que supo conjugar la sabiduría Helénica, el genio latino, las concepciones medievales, la riqueza de los árabes y el espíritu renacentista.

Por ello, del encuentro doloroso que represento la conquista de América, del choque entre la lanza y el cañón, del enfrentamiento de fuerzas opuestas, la del encomendero y señor de vasallos, la del misionero defensor y maestro, la del indígena sojuzgado, surgiría en el nuevo mundo, “un mundo nuevo”, distinto a sus raíces primigenias, en el que se fusionaría sincréticamente los elementos de la cultura europea, con los del universo precolombino.

Ahora bien, frente a este gran acervo cultural, entretejido en la urdimbre de una visión autónoma del cosmos, del mundo y de la vida, contrastan las sombras del dominio colonial impuesto por las armas y la fe, que han dado paso a prejuicios y atávicas consignas.

Ahora corresponde a nuestra generación, en ambas fronteras del océano, despejar en forma definitiva la bruma que ha empañado nuestra visión de ese parto violento pero imprescindible para explicar la génesis del ser nacional que ha dado identidad al México contemporáneo.

La propia España, en su unificación definitiva, tuvo que asimilar incontables y sangrientas empresas de conquista.

Viene al caso esta reflexión, porque estamos a las puertas de conmemorar, el arribo de la flota española, al mando de Hernán Cortés, a las costas de Veracruz. Cortés, el Conquistador del Anáhuac o como le designo su biógrafo José Luis Martínez: El Conquistador Conquistado.

Originario de Medellín, burgo de Extremadura, cuyos restos reposan por decisión propia, en un olvidado mausoleo, en el antiguo Hospital de Jesús, que el mismo fundó en la Ciudad de México, y que no sólo es la entidad de salud más antigua de América, sino que se mantiene en funcionamiento ininterrumpido hasta el presente.

Sin mayor debate, considero infortunada, la convicción que ha dominado por cinco siglos el subconsciente histórico de los mexicanos, del que aún emergen las dimensiones más negativas de aquel encuentro. El fantasma deambulante de la conquista, aún nos acecha con sus calificativos de cruel, despiadada y destructora de una estirpe cultural, sometida y humillada.

Es decir, la etapa fundacional de nuestra vertiente española, sufre aún de un juicio parcial y del más profundo desanimo e incomprensión.

Porque es falso que el saldo final de aquel capitulo de nuestro pasado, haya sido el de la destrucción, de afirmarlo así, olvidaríamos que, sobre las ruinas de los templos y ciudades del Anáhuac, se erigió la obra monumental del México Novohispano, que en una reinterpretación del Barroco y el Neoclásico europeo, forjaron las manos de artesanos indígenas con el tezontle, la cantera y el calicanto precioso.

En efecto, ante este debate inacabado y por inacabado vigente, plantea a nuestras Instituciones Académicas un enorme desafío que es signo de nuestro tiempo, y hay que afirmarlo sin alegorías, el ejercicio de nuestra misión de estudio e investigación nos impone severas responsabilidades, ya que la universalidad de ayer, impelida por el avance de la ciencia y la tecnología, es la globalidad de hoy.

En nuestro tiempo, ninguna parte del mundo se entiende ya aislada, porque la historia y la geografía han abandonado su condición aldea y día a día, se nutren con fuentes de información inasibles y omnipresentes.

La dimensión del mundo parcial que conocieron nuestros ancestros del siglo XV y XVI ya no existe y hoy no hay límite para explorar el mas recóndito lugar de nuestra humanidad o para afrontar los dogmas históricos que nos condicionaron en otros tiempos.

Así también entendido, el mundo arduo y complejo que nos circunscribe, obliga a nuestras corporaciones académicas a desafiar con cuidadoso balance, el diverso y disperso acontecer de hechos, circunstancias y protagonistas de nuestro devenir y a desvanecer mitos e hitos, subjetivismos o recursos emocionales, para otear con equilibrio y objetividad la historia que legaremos al porvenir.

Yo me pregunto, frente a la efeméride de la Conquista, del México antiguo, ¿cómo debemos actuar quienes tenemos la tarea de esforzarnos en vislumbrar con serena claridad nuestros orígenes y etapas de evolución?, ¿abonaremos a las enormes amenazas teóricas que nos conjuran?, como las denominadas “del fin de la historia”, ¿abundaremos en la desmitificación de nuestros próceres para maximizar sus fabilidades humanas?; ¿incurriremos en el enfoque maniqueo de afianzar la historia negra de nuestros antihéroes?, ¿insistiremos en exaltar a nuestra historia como un martirologio de héroes decapitados? o en su defecto seguiremos abundando en la mitificación de hechos y perfiles de la historia, tendiendo puentes de dulcificados dogmas.

Debemos recuperar a través de nuestras Academias la fortaleza de la lengua común que practicamos, con el esplendor y la unidad de una historia compartida entre los pueblos de España y de México.

Pensamos que ha llegado la hora de enfrentar sin pasión, ni prejuicio, la justa valoración de cada uno de los actores y de cada uno de los factores de nuestro acontecer, en los términos en que lo estableció John Stuart Mille, es decir, en el contexto de la realidad que vivieron y enfrentaron, teniendo presente que la historia se construye prospectivamente, mientras que se analiza retrospectivamente.

Para ello, propongo un método de análisis histórico progresivo, es decir, que no se base en la valoración de los hechos aislados, sino de sus antecedentes, contextos y efectos sucesivos. No nos erijamos en jueces, sino en interpretes del ayer.

Hay muchos futuros posibles y sólo tenemos un pasado común: De la adecuada comprensión del mismo, dependerá que elijamos y hagamos viable el escenario deseable y posible...

Yo percibo, que ante la recomposición de la geopolítica mundial, de la lucha inminente entre nuevos bloques comerciales y de la defensa de la hegemonía militar Iberoamérica tiene un destino brillante y luminoso en la medida que sepamos clarificar y resolver la concepción determinista de nuestra memoria compartida.

Quiero finalizar señalando que el compromiso que hoy hemos suscrito con la Real Academia de Extremadura, tiene el ánimo de tomar como ocasión propicia el Quinto centenario de la conquista de México, como un espacio profundo de revisión, análisis, replanteamiento y reconciliación con uno de los capítulos fundacionales de la identidad mexicana; pero hago énfasis en el hecho, de que este pasaje, también contribuyó a forjar la identidad española.

Recordemos la amarga experiencia que se produjo en ocasión de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, en 1992, en la que se mostró y demostró por primera vez, los hilos profundos que hicieron del solo término de “Descubrimiento” la metáfora de una negación ostensible que derivó en actos de protesta y oposición de las principales comunidades indígenas de América a esta conmemoración.

Negación, que postulo la tesis de que no se puede descubrir lo que ya existe. Se llegó a afirmar que: “Al nuevo mundo no se le descubrió se le conquistó y para legitimar este acto, se le otorgó una nueva paternidad, en la confabulación del nombre de América.

El historiador mexicano Edmundo O’Gorman afirmaría en ese entonces que el texto de “La invención de América; era una tesis doble, que consiste en que no se descubre América, sino se le inventa. Y con ello, se concibe el termino mismo de descubrimiento”.

Así, así de sensible es el abordaje de hechos históricos con enfoques que no hemos conciliado.

Ese antecedente nos alecciona y nos advierte que cuando la dialéctica ha querido oponer la visión de los conquistadores, a la visión de los vencidos, la polarización de percepciones nos ha aislado de la verdad integrada, que en esta nueva oportunidad, debemos proclamar sin matices, pero también sin acentos.

Con cierto tono humorístico uno de nuestros más respetados historiadores, Don Fernando Benítez, expuso que, si tomamos los contextos con profundidad, en realidad la Conquista de México la hicieron los pueblos indígenas, aliados con los españoles; en tanto, la Independencia la hicieron los criollos españoles, aliados con los indígenas.

Señoras y Señores:

Por un hecho fortuito, el día de hoy, 19 de mayo, la Academia Nacional de Historia y Geografía, Patrocinada por la Universidad Nacional Autónoma de México, conmemora 93 años de infatigable trayectoria. Nos llena de profundo aliento compartir esta celebración desde este histórico sitio, abrazando el alma española y extremeña, de la que también somos parte.

Culmino con una reflexión formulada por uno de los miembros conspicuos de nuestra Academia, que fuera también Secretario General de la UNESCO, el Poeta Jaime Torres Bodet, quien, al pronunciar un discurso en ocasión del primer encuentro internacional de escritores, evoco un cuadro celebre en los anales del romanticismo: "La Balsa de la Medusa".

La Medusa fue una fragata que encallo el 2 de julio de 1816, 159 pasajeros construyeron una gran balsa con los maderos del barco inútil y por espacio de 12 días se empeñaron en luchar contra la tormenta, al termino de aquel lapso, solo 25 de los náufragos lograron ser rescatados tras múltiples incidentes.

Como tema de esa pintura, expuesta actualmente en el Museo de Louvre, su autor eligió el minuto en el que los últimos tripulantes vislumbraron la orilla del salvamento.

Dos figuras sobresalen: la de un adolescente de pie que hace con un trozo de tela blanca señales desesperadas en el vacío y la de un hombre anciano sentado de espaldas a esa promesa.

Pienso, como nos advierte Torres Bodet, que nuestra civilización se haya ahora como la balsa de la Medusa, un mar encrespado la envuelve. Un cielo tenebroso la cubre. Muchos son los viajeros que no han podido resistir a la tempestad, para otros la ilusión de llegar continua enhiesta.

A semejanza de esta alegoría plástica, hoy podemos afirmar que, en cada uno de nosotros, hay un hombre que reflexiona y otro que espera, uno que agita al aire la banderola de sus sueños y otro que busca en la estela sangrienta la explicación del pasado y acaso el consejo del porvenir.

Considero, que en nuestro tiempo, ambas categorías son necesarias e indispensables y es mi deseo mas ferviente que como ciudadanos del mundo, nos comprometamos con la tarea de erigir una nueva conciencia colectiva, que restituya para las actuales y futuras generaciones, un orden de valor fraterno, que mire al pasado con orgullo y avizore con esperanza el porvenir.

Señoras y Señores: “Por mi Raza Hablara el Espíritu”.

Trujillo, 19 de mayo de 2018